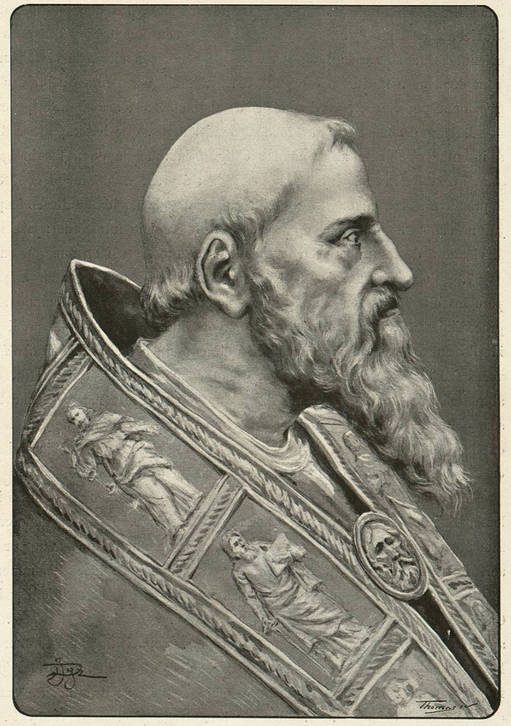
en la sombra, durante siglos, se adoró á las antiguas divinidades: semejante contubernio intelectual y emocional modificó, no obstante, las viejas religiones á la vez que la recién introducida, y poco á poco se substituyeron por otras costumbres las precedentes.

Mas no sólo el hábito, cambió también el ideal; y esto es lo que lleva en sí, con mucho bueno, mucho funesto; en efecto: toda religión sublima, incorporándolas en los seres sobrenaturales, las aspiraciones más vivas; las antiguas razas habían ansiado sobre todo la autonomía dominante: este anhelo hizo convergir en la milicia la corriente entera de su educación y se encarnó por fin en el grandioso ideal azteca, en el libre señor de los pueblos, el dios de los ejércitos, Huitzilipochtli.



El pontífice Paulo III

La conquista, al derrocar del escaño azul del cielo al sañudo vencedor, fué más terrible para el indio que lo sería para el enamorado de un astro único su desaparición en las tinieblas: el cielo se había entenebrecido, la sola luz que en él brillaba estaba confundida con la sombra.

Y como á esa hora de supremo horror y enloqueciente vacío, hombres buenos, elocuentes y pobres vinieron á hablar de un Dios bueno, elocuente y pobre, que había padecido todas las amarguras, y concentrado su ser en el pensamiento de un más allá, el Dios bueno y triste se apoderó del alma de los vencidos, les impuso su ideal de resignación, les obligó á ver despreciables *los vanos esplendores de este mundo...* y les quebró el resorte de las energías sobre la tierra. Por otra parte, si á alguna rebelión se atrevían los vencidos, pronto los más audaces ó los más valientes eran muertos, y así se efectuó una fatal selección, dejando sólo vivos á los que habían llegado á ser pasivas máquinas.

5. Al lado del ideal de resignación, infundido con éxito incomparable, los misioneros, ayudados después por seglares y laicos, hicieron conocer los rudimentos de las artes más humildes, que eran un juego para los hábiles artífices antiguos, y favorecieron tal empresa los artesanos europeos, necesitados de auxiliares indios: el segundo grande hombre entre los educadores de México es el que favoreció mejor esta educación, el abnegado obispo Vasco de Quiroga, que recorría su diócesis para implantar en cada pueblo una industria, como las había empezado á implantar en Guanajuato, Michoacán y Querétaro el virtuoso fray Juan de San Miguel, el varón lleno de amor á los desvalidos; por tales modelos de virtud y por los que, consciente ó inconscientemente, interesada ó desinteresadamente los imitaron, los indígenas tuvieron